

TRIBUNA

América Latina: dos océanos, una voz

Sudamérica está forjando una identidad propia para el siglo XXI

LUIZ INACIO LULA DA SILVA / RICARDO LAGOS | 19 JUN 2014 - 00:00 CET

Archivado en: Opinión Ricardo Lagos Lula da Silva Latinoamérica Sudamérica América Economía Política

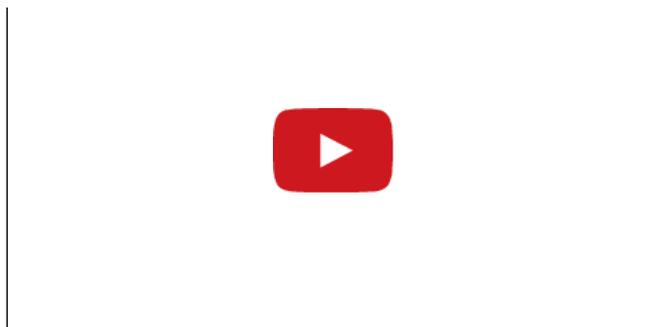
Asistimos a tiempos de convergencia en América Latina, sobre todo en Sudamérica. Puede que un individuo miope, viendo únicamente las encontradas tendencias ideológicas de nuestra región, pusiera en cuestión esta afirmación. Pero la verdad es que bajo la superficie se está desarrollando una identidad más colaborativa, que creará una identidad latinoamericana para el siglo XXI.

Durante la primera semana de abril una delegación de la CELAC (Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños), compuesta por representantes de Cuba, Costa Rica y Ecuador, mantuvo importantes reuniones en Pekín con objeto de acordar una agenda para el Foro CELAC-China, de reciente creación, que en julio tiene previsto celebrar su primera reunión oficial en Brasil, inmediatamente después de una cumbre de Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica.

En abril, también se reunieron en Quito, capital de Ecuador, delegados de Argentina, Brasil, Bolivia, Chile, Colombia, Perú, Surinam, Uruguay y Venezuela, para inaugurar la Escuela Suramericana de Defensa, que plasma la existencia de una misma concepción de la defensa regional, ajena a injerencias o hegemonías externas.

ADVERTISEMENT

Compartir



A pesar de esos acontecimientos, los negacionistas se empeñan incluso en rechazar la posibilidad de que América Latina pueda avanzar hacia la unidad, manteniendo que el establecimiento de más vínculos entre los países del Atlántico y el Pacífico no tiene sentido. Es una actitud que ha llevado a más de un periodista a plantear preguntas como ésta: “Junto con México, Perú y Colombia, Chile forma parte de la Alianza del Pacífico. Los analistas señalan que ese bloque, considerado progresista, surgió como contrapunto a Mercosur. ¿Es así?” Por supuesto que no. Pero es preciso definir una visión estratégica clara e irrefutable. En América Latina podemos bascular tanto hacia el Atlántico como hacia el Pacífico, lo cual constituye un privilegio en medio del reordenamiento global al que asistimos. Además, al estar en medio, nuestras iniciativas deben coordinarse para poder aprovechar las oportunidades que se presentan.

Por una parte, tenemos una historia secular en el Atlántico, una red económica que nos une a África, Europa y el Mediterráneo. Por otra, está el Pacífico, donde tenemos acceso a potencias económicas como Japón, China y la Asociación de Naciones del Sudeste Asiático,

además de a Australia y Nueva Zelanda. América Latina tiene una insólita oportunidad histórica, ya que se encuentra allí donde comienzan a confluir corrientes procedentes del Atlántico y el Pacífico. Pero este desafío actual exige a nuestras comunidades que, en ambos océanos, ahora y no más adelante, modulen mejor su voz.

Es un desafío que de nuevo nos conduce a una palabra con mucha frecuencia repetida a lo largo de nuestra historia como Estados independientes: integración. A través de la integración debemos ir más allá de los muchos esfuerzos regionales fallidos del pasado, para alcanzar los supuestos objetivos que estos tenían. Otros actores sociales —emprendedores, sindicalistas, artistas, estudiantes, turistas— han respondido con más rapidez a la necesidad de integrarse que los propios gobernantes de los Estados. Chile, un país del Pacífico, es un importante inversor en Brasil, un país atlántico. En los últimos años ha invertido más de 24.000 millones de dólares en Brasil, creando así decenas de miles de empleos en sectores como la producción de celulosa, papel y electricidad, las tecnologías de la información, y las industrias química y metalúrgica. A sus empresas hay que añadir las de Argentina, Perú, Colombia y México, entre otros países, que operan en Brasil para abastecer a un creciente mercado interno de 200 millones de consumidores.

Nuestros pueblos anhelan tener democracias no sólo legales, sino legítimas

Por otra parte, hay que señalar que Brasil y Argentina, además de realizar inversiones mutuas, han apoyado varios proyectos industriales y de infraestructuras en otros Estados de la región. Por ejemplo, hasta 2006 solo dos empresas brasileñas operaban en Colombia. En la actualidad hay 40. En Chile funcionan 70 de propiedad brasileña y en Perú, 44. A todo ello hay que añadir la presencia de más países sudamericanos en Centroamérica y el Caribe, donde están invirtiendo en nuevas plantas industriales y financiando la construcción de puertos, aeropuertos, carreteras y metros.

La Alianza del Pacífico, que aspira exclusivamente a promover una unión económica de carácter modernizador, será más eficaz cuando se relacione más estrechamente con Brasil, Argentina y otros países del litoral atlántico. Del mismo modo, los países atlánticos tendrán todavía más peso cuando sus actividades internacionales vayan unidas a las de las naciones del Pacífico.

Y en este contexto es donde puede apreciarse el trabajo en pro de la integración de UNASUR, la Unión de Naciones Suramericanas, ya que, por su pluralidad y su autoridad, esta organización puede ser de utilidad para acometer las tareas que tenemos pendientes: la inversión en una red de vías férreas y puentes; la integración energética en una región rica en hidrocarburos, recursos hídricos y gas; la mejora del flujo de mercancías, que sirva para sustentar un dinámico crecimiento del comercio interregional que, aunque entre 2002 y 2013 pasó de 49.000 millones de dólares a 189.000, todavía representa menos del 20% del total; y la creación de nuevas políticas que aborden el fenómeno de la emigración y de respuestas al siempre creciente número de ciudadanos que exige libertad de movimiento.

Como se ha declarado recientemente en Quito, también son precisas políticas de defensa comunes que protejan nuestros recursos naturales y aúnen esfuerzos para que se nos reconozca como “zona de paz”. La CELAC, a la que pertenecen 33 Estados, también debe servir para canalizar el debate sobre problemas políticos y económicos. Por ejemplo, esa organización regional podría reunirse dos meses antes de la cumbre del G-20 y las naciones de la zona podrían pedir a sus tres países presentes en dicho foro mundial —Argentina, Brasil y México— que plantearan nuestras posiciones respecto al cambio climático, la emigración, el proteccionismo, el tráfico de drogas, una nueva estructura financiera internacional y los mecanismos de seguridad y paz, entre otras cuestiones.

¿Pueden los países latinoamericanos consensuar una actuación conjunta? Indicios prometedores apuntan en esa dirección. Como se ha señalado recientemente durante un seminario organizado por el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO): “Para que exista una verdadera integración es preciso que se impongan los elementos de cooperación y que continúe la búsqueda de una posible convergencia, sin aspirar a eliminar las diferencias, sino más bien a hacerlas manejables”.

El diálogo que está teniendo lugar entre la CELAC y China no es menos importante que las conversaciones que ahora se están manteniendo con Estados Unidos y la Unión Europea. Igualmente importante será que la agenda sudamericana se reactive con realismo y visión de futuro.

La clave será mantener la voluntad de actuar conjuntamente —dentro y fuera del continente—, sin perder de vista que hoy en día nuestros pueblos anhelan tener democracias no sólo legales, en las que el voto sea el instrumento más poderoso, sino también legítimas y realmente participativas, capaces de aplicar políticas que puedan interpretar adecuadamente los signos de los tiempos y actuar en consecuencia.

Luiz Inácio Lula da Silva fue presidente de Brasil y en la actualidad promueve iniciativas globales desde el Instituto Lula. Se le puede seguir en facebook.com/lula. **Ricardo Lagos** fue presidente de Chile.

© 2014 Instituto Luiz Inácio Lula da Silva.

Distribuido por The New York Times Syndicate.

Traducción de Jesús Cuéllar Menezo